



Juan Pablo I bendice a la multitud desde la ventana de su apartamento privado del Vaticano.

S I no se quiebra la línea pronosticada por la izquierda europea, tenemos en puerta un pontificado sencillo, espontáneo, realista y sin crispaciones. En una palabra: tendremos un Papa católico, universal y pluralista, que cree en el poder de la fe y no en los arreglos de la lucha política sectaria.

Juan Pablo I es, según el periódico italiano comunista *L'Unità*, un dirigente preferentemente religioso que no tiene nada que ver con la burocracia vaticana ni con las combinaciones diplomáticas de la sutil Secretaría de Estado. Es un pastor, un hombre realista lleno de buen humor que no se impresiona por el boato externo de las rígidas tradiciones vaticanas, ni por los dramatismos trágicos de los integristas ultra-conservadores, ni tampoco por la ingenuidad de las soluciones defendidas por los utopistas de la ultra-izquierda.

Juan XXIII hizo muchas más advertencias oficiales a los fogosos desviados de su tiempo que Pablo VI y, sin embargo, el Papa Roncalli resultó un Papa abierto estimado por todos los católicos conciliares y por los no-creyentes comprensivos. En cambio, el Papa Montini, a pesar de ser mucho más abierto intelectualmente, no fue igualmente reconocido: le sobraba dramatismo, inquietud angus-

tiada, temor a las consecuencias negativas de los problemas religiosos de su tiempo. Juan XXIII llamaba la atención a los que disonaban demasiado, pero confiaba en el hombre; Pablo VI, por el contrario, se asustaba fácilmente de las reacciones humanas de los creyentes, porque no tenía seguridad en los hombres.

Cuando el día de su elección veía yo a Juan Pablo I sonreír encantado a las masas, o cuando el domingo 3 de septiembre le observaba abrazando a sus colegas en el día de la inauguración de su pontificado, dedicándoles, con distendida sonrisa, una frase llena de buen humor, dirigida a cada uno en especial, me daba cuenta de que podría ser un nuevo Roncalli, con su alegría sencilla sin creer nunca en la espectacularidad de su cargo. Al entrar en su pontificado hemos visto por eso una coronación no coronada, y una entronización sin silla gestatoria que puede ser un buen augurio de futuro.

Con esta clave de sereno realismo hemos de juzgar, a falta de otros hechos, al futuro Papa. Hay que procurar entenderlo a través de una reflexión tranquila de sus actos anteriores, del mismo modo que habremos de ampliar este juicio a sus próximas actuaciones como Pastor universal de la Iglesia. Por lo cual debemos intentar ahora es-

UN PAPA SIN TIARA NI SILLA GESTATORIA

E. MIRET MAGDALENA

te somero análisis prospectivo.

Casi toda la prensa española recuerda que es un anti-marxista, que no es tampoco partidario del divorcio y que no le gustan ciertos fogosos "aggiornamentos". De ahí deducen que tenemos en puerta un pontificado conservador. Pero, según eso, Juan XXIII también lo hubiera sido, porque sus posturas no fueron muy distintas. Sin embargo, los hechos de Roncalli como Papa no nos lo mostraron así. Y quienes juzgan hoy al Papa Luciani demasiado apresuradamente olvidan otros datos complementarios que pondrían en su sitio estos hechos cuando era obispo.

La divisa de su pontificado es la **Humildad**. No la falsa de ciertos ascetas orgullosos, que compensan externamente su presuntuosidad interior con ac-

titudes de fingida inferioridad. En él es aquella cualidad tan difícil que nuestra Santa Teresa definía como "la verdad": la sinceridad, la autenticidad, que hoy diríamos. En una palabra: el realismo.

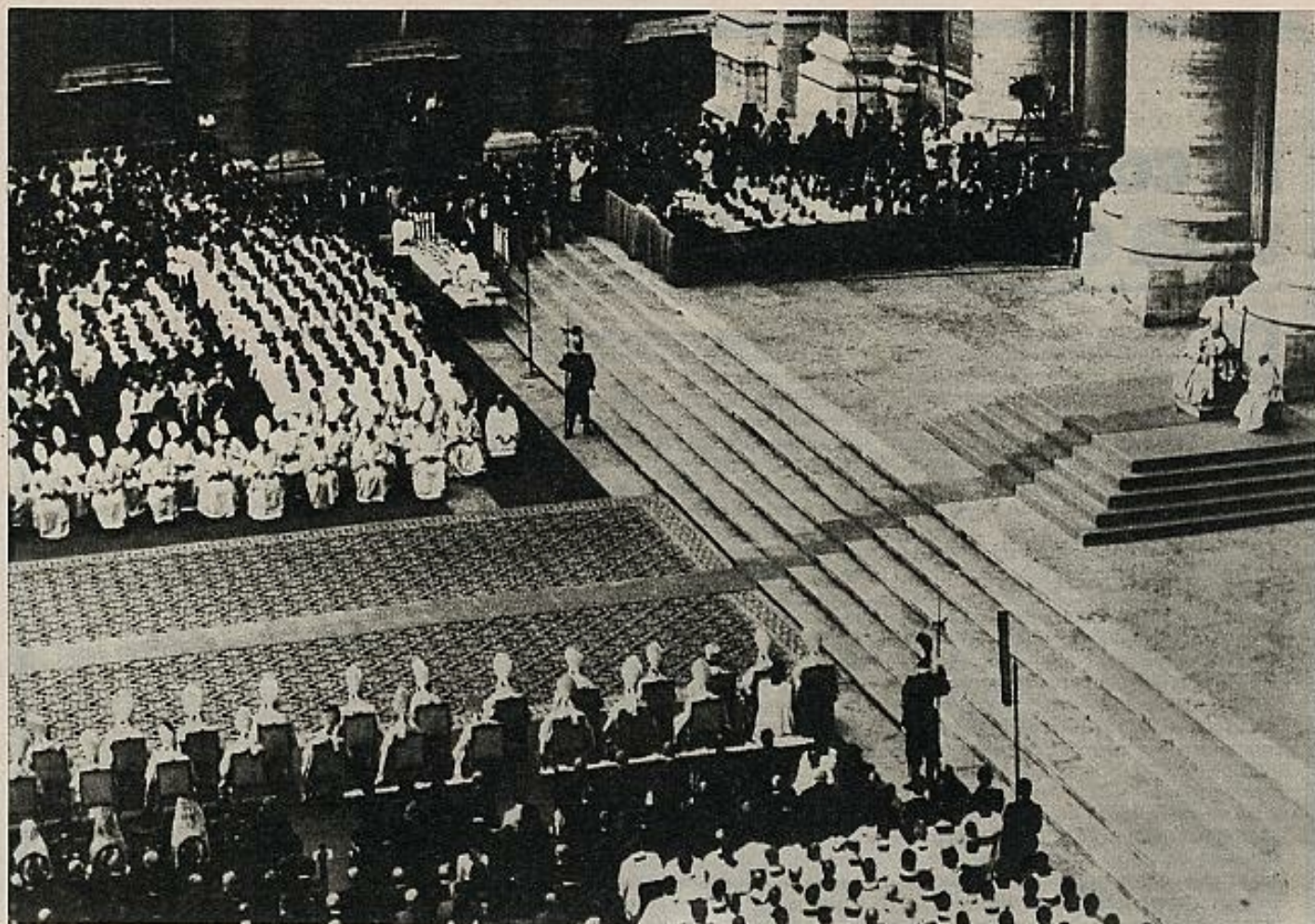
Su **pluralismo** es manifiesto. Quiere que la Iglesia por él representada se ponga al servicio del mundo "sin distinción de razas ni de ideología", realizando este servicio "serenamente". Propugna el "diálogo constructivo", nunca el diálogo puramente diplomático que hoy está de moda. Y desea dialogar y colaborar con los que "no comparten la fe católica", aceptando "todas las iniciativas buenas y laudables que puedan aportar paz al mundo turbado de hoy".

Respecto al marxismo recuerda *L'Humanité*, el periódico oficial del PC francés, que en diciembre de 1976, aunque no disimuló Luciani su oposición a la doctrina marxista, en la homilía pronunciada en su catedral de San Marcos confesaba: "Se me pregunta si un católico puede ser demócrata-cristiano y si otro puede ser comunista". La respuesta que dio fue desconcertante para quien no tiene idea de la diferencia que señaló el Papa Juan XXIII entre ideología y movimientos sociales inspirados originariamente en ella. Luciani ahora, como Juan XXIII entonces, contestó: "Mi respuesta inmediata es que se puede ser o lo uno o lo otro, con una condición: que la fe sea la misma sin variación".

A lo que no está dispuesto el ex patriarca de Venecia es a admitir un régimen político inhumano, como es el capitalismo que conocemos, ni querer resolver sus injusticias por el método limosnero —aunque se llame hoy beneficencia social— que muchos católicos consideran la única solución social para nuestro contexto occidental.

Este es Luciani; y no sabemos





Varios Jefes de Estado asistieron a la ceremonia de inauguración del pontificado. A la izquierda, los Reyes Balduino y Juan Carlos junto a sus esposas; a la derecha, el cardenal Pironio, de Argentina, y el dictador Videla intercambian abrazos y sonrisas.

si lo será también el Papa Juan Pablo I, aunque lo deseamos y lo esperamos, siempre y cuando no le domine la Curia romana con sus farisaicos arreglos, como el de la presencia del general Videla en la inauguración de su pontificado.

El nuevo Papa no parece que dé importancia a esta Curia por

ahora, ni que esté dispuesto a entregarse en sus manos, porque se da cuenta de que es mucho más fácil ser Papa pecador que un Papa santo que sepa romper con toda coacción y toda atadura de compromiso humano oportunista. Esperemos que recuerde constantemente la anécdota que recordaba a los

periodistas hace unos días. Cuando San Bernardo le apostrofó a su discípulo el Papa Eugenio III porque le encontraba débil para luchar con el boato y la importancia, le decía: "Que Dios te perdone por haber aceptado".

Si Juan Pablo I sabe ser Luciani, estamos en buen camino.

Si se olvida de lo que es su persona y se convierte en un personaje que se impresiona por su cargo, entonces tendremos a un Pío XII de los últimos tiempos con su confusa mente apocalíptica, o al Pablo VI de su época final con las vacilaciones neuróticas que invalidaron buena parte de sus reformas. ■